



GOBIERNO DE CHILE
MINISTERIO DEL INTERIOR

**DISCURSO EN FUNERALES DEL OBISPO EMÉRITO DE TALCA
MONSEÑOR CARLOS GONZÁLEZ CRUCHAGA**

**EDMUNDO PÉREZ YOMA
VICEPRESIDENTE DE LA REPÚBLICA**

TALCA, 23 DE SEPTIEMBRE DE 2008

Con pesar y también con tranquilidad vengo, a nombre del gobierno de Chile, a despedir a don Carlos González Cruchaga, obispo emérito de Talca. Un hombre sabio que tanto bien le hizo a Chile. Un hombre de pocas palabras pero que decía directamente lo que creía justo. Un sacerdote que guió a numerosos hombres de la Iglesia para acercarlos a Jesús. Un ser humano ejemplar, reconocido por miles de chilenas y chilenos.

Don Carlos fue un hombre sencillo, alejado de los círculos del poder, de la presencia en los medios, tan habitual en estos días. Visionario, recogía los testimonios y la palabra sencilla, al tiempo que estudiaba y se informaba de lo que ocurría en Chile y en el mundo. No dejó de escribir para compartir experiencias y obligarnos a ver la realidad, para guiarnos con claridad y precisión frente a los desafíos que nos plantea este nuevo siglo.

Su vida estuvo inspirada, tal como él lo expresó, en “conocer y amar a Jesús, en su divinidad y en su humanidad”. Y por ello su trabajo como pastor apuntó hacia lo espiritual y hacia los problemas concretos que viven los chilenos, entendiendo que no se pueden separar. Siguió muy de cerca las enseñanzas de la Iglesia de los Concilios y trabajó al lado de la gente que sufre. En ello, qué duda cabe, está la influencia de su primo y padrino de bautismo, San Alberto Hurtado.

Su labor como pastor la entendió ligada a la política, entendida ésta como la búsqueda del bien común, por la justicia social y por el respeto. Su amor a Jesús lo hizo emprender, desde el inicio, un compromiso con los hombres y mujeres y su dignidad.

Para don Carlos González, quienes sufren son los pobres, los campesinos, los ancianos, los olvidados, los perseguidos. Como él dice, “pobre es aquel que siempre escucha, pero que jamás suele ser escuchado.”

Por eso su voz se hizo oír en tantas ocasiones durante los años duros que vivió nuestro Chile. Fue de los primeros en salir en defensa del máspreciado y elemental de los derechos - el derecho a la vida - acompañando al Cardenal Silva Henríquez.

Como otra muestra de su lucidez y sabiduría, a inicios de este año dio a conocer su testimonio como obispo entre 1973 y 1990. Bajo el título ¿Y qué hiciste con tu hermano? nos interpeló a todos los chilenos a preguntarnos por esos años de nuestra historia reciente, a mirarnos y hacernos cargo de esa historia que todavía duele y que no puede cerrarse mientras no haya verdadera voluntad de reconocimiento y de encuentro.

En este texto, don Carlos nos dijo que “desea vivir con libertad interior” y por lo mismo escribió, con honestidad, su visión de lo ocurrido bajo el período del Gobierno Militar. Nos advirtió que “El temor a expresar la verdad es una sombra peligrosa y paralizante”.

Hijo de padre diputado, que debió refugiarse “en algún lugar no conocido por sus hijos” a causa de la dictadura de Ibáñez, abrazó de inmediato la defensa de los derechos humanos, como muchos de los que estamos aquí sabemos y reconocemos.

Él no tuvo temor a decir la verdad. Lo hizo cuando, después de ser atacado por una turba, a su regreso de Riobamba, Ecuador, no dudó en excomulgar al responsable de ese ataque. No tuvo temor en escribirle directamente al general Pinochet sobre las muertes de Lonquén, al tiempo que le señaló la necesidad de diálogo. No dudó tampoco en denunciar la tortura y la desaparición de personas. No dudó en acompañar al ex intendente de Talca Germán Castro Rojas, fusilado pocos días después del 11 de septiembre, la situación más fuerte que vivió sus años de sacerdocio, tal como él lo expresara.

Don Carlos no dudó en apoyar, en distintas instancias, la organización de los chilenos y chilenas por sus derechos como trabajadores y, también, para participar en el plebiscito del 88, hace 20 años, que permitió a este país iniciar el reencuentro con la democracia.

Analizando las divisiones que todavía perduran entre nosotros, con gran sabiduría reflexionó acerca de que “falta mucho tiempo para que las heridas y las llagas de tantos años se sanen definitivamente. Es un proceso que no puede ser acelerado, porque responde a sentimientos y rencores que están guardados en el interior de los corazones”.

Fue capaz de ver que hay situaciones que nos han marcado profundamente, por décadas: “Queda mucho por sanar: desde las heridas de los agricultores expropiados por la Reforma Agraria o de quienes han sufrido la cesantía, hasta las heridas de los familiares de los desaparecidos”.

Para él, estas heridas son profundas porque los derechos humanos sufrieron las consecuencias de la represión. “Quedaron muchos heridos en el camino recorrido de los últimos 20 años y los sentimientos personales y familiares mantienen heridas mal cicatrizadas que no logran ser bien superadas”.

Junto a su testimonio como obispo en esos años, en este texto, don Carlos nos planteó sus tres grandes preocupaciones sobre nuestro país: la educación, la transformación de la economía y el drama de los campesinos.

Sobre la primera, nos instó a trabajar para que la educación sea accesible “a los más pobres y frágiles de siempre, para que recompense el esfuerzo sobrehumano de las familias para pagarle a sus hijos una real educación mejor. Y nos advirtió que “la lucha por cambiar un modelo mercantil en la educación recién comienza”.

Respecto de la economía, abordó sin tapujos las desigualdades que existen en nuestro país y señaló que se necesita hacer un mayor esfuerzo en el desarrollo de la ciencia y

la tecnología y optar por ciertos sectores de la economía. “Se ve urgente un estudio a fondo sobre la forma de desarrollo del país”, dijo.

Y agregó que esta discusión, aunque sea muy técnica “debería ser asumida por la política y el conjunto de la sociedad, porque tiene implicancias sobre las formas efectivas en que se da el desarrollo y sus consecuencias en la dignidad de las personas”.

Sobre los campesinos, centro de su preocupación, nos recordó como Chile vive centrado en la ciudad de Santiago, cómo se ha diluido la identidad campesina y se ha “acrecentado la invisibilidad de un mundo que no forma parte de las prioridades del país”.

En su discurso para agradecer sus 60 años de sacerdocio, Una grieta peligrosa, nos habló de los cuatro rostros que no debemos olvidar: los temporeros, los ancianos, los pequeños campesinos y los cesantes.

Ahí nos advirtió sobre el problema de la desigualdad y la mala distribución de los bienes “que no es el querer de Dios que nos revela Jesucristo” y nos llamó a “abrir el corazón y los ojos para entender la magnitud de esta grieta entre pobres y ricos”, a dejar de lado las desconfianzas, a “pasar del tener al servir, para llegar al compartir”, a unir democracia con una economía realmente social. Una reflexión que todos - gobierno y oposición – debiéramos acoger y buscar formas de enfrentar en conjunto por el bien de nuestro país. Eso es lo que don Carlos González espera de nosotros.

Al iniciar mis palabras, breves, como le habría gustado a don Carlos, dije que vine con pesar y tranquilidad a rendir este homenaje. Con pesar porque se va de nuestro lado un hombre bueno, al que le debemos tanto, porque se va un actor importante de nuestra historia, un maestro y un ejemplo de vida, como señalara la Presidenta Bachelet.

Con tranquilidad, porque don Carlos está donde quiere estar, al lado de su señor, Jesús.